

# PATRONES SOCIOCULTURALES DE LOS PUEBLOS DEL PACIFICO

*Enrique Cordovez Pérez  
Capitán de Fragata*

## **Prólogo**

El término patrón es tal vez el que más se ajusta al fenómeno de transformación sociocultural que se describirá, por los cambios deliberados de creencias, ideas y costumbres que han caracterizado a la gente que habita y navega el mayor océano del mundo.

La extraordinaria diversidad de las naciones que se comunican de una a otra orilla no es la resultante del mero contacto de los paradigmas de diferentes etnias. La historia del Pacífico nos revela que donde quiera que arribaron las naves de aventureros y colonizadores, estos se arrogaron el derecho, el poder y la facultad de modificar el núcleo filosófico que da un sentido común a la realidad.

Esta acción civilizadora, en la que una cultura subordina a la otra, es típica de la modernidad. Su ocurrencia tiene lugar cuando el hombre europeo desarrolla la capacidad de echarse el tiempo y el espacio al bolsillo y con un reloj, un mapa y una brújula se enfrenta al desafío de ultramar.

Desde entonces han transcurrido poco menos de quinientos años, en los que la cultura primitiva se fue transformando, adaptando y resistiendo a las sucesivas oleadas que traían nuevos patrones de conducta, los que, cual corrientes submarinas, se hallan hoy día vigentes bajo la superficie del acontecer diario de quienes pueblan sus islas y continentes.

Antes (de revisar cuáles son las oleadas civilizadoras a las que se ha hecho referencia, es preciso definir nuestro concepto de cultura como el resultado de la intersubjetividad de una comunidad de personas cuyos significados convenidos les sirven de marco de referencia para relacionarse.

El hombre tiene la propiedad de otorgarle significados a su entorno material y social que van más allá de lo puramente cognoscitivo y trasuntan el sello de lo valorable y lo afectiva. La realidad no es una simple colección de objetos cuantificables y mensurables, sino que está llena de imágenes cargadas de simbolismos con las cuales se establece un particular sentido de pertenencia. Sobre la base de esta premisa sociológica es posible apreciar las diferencias entre las acciones civilizadoras del imperio español y el británico, entre los siglos XVI y XVIII, puesto que, a pesar de su contemporaneidad y similitud de formas, se remiten a sentidos espirituales tan disímiles como son la ética protestante y la fe católica.

De allí entonces que; por sobre las nacionalidades cuyas banderas han ondeado desde Magallanes a Tsushima y desde Panamá a Torres, en los derroteros políticos, económicos y sociales del Pacífico coexisten marcadas rutas socioculturales.

Esta reflexión, no podría estar ajena al encuentro multidisciplinario de hoy en día. La proyección geopolítica que Chile ha reafirmado —merced a sus exportaciones de ultramar—

demanda conocer, además de los espacios geográficos y políticos, la antropología y la demografía del anclaje cultural de los pueblos de la Cuenca del Pacífico.

Los gruesos trazos que nos permiten bosquejar dicho fenómeno sociológico se tipifican por "horizontes de sentido" que históricamente demarcan sucesivos intentos de hegemonización mundial. De esta forma es posible distinguir, en la compleja interacción de los cuatro puntos cardinales los siguientes patrones socioculturales en nuestro mar-océano: primitivo, evangelizador, mercantil, imperial, liberal, socialista.

### **El patrón sociocultural primitivo**

Lo poco que sabemos sobre los primeros habitantes del Pacífico nos ha llegado bajo la forma de testimonios orales y objetos que representan una cultura. Presumiblemente, el origen de los primeros colonizadores de las "muchas islas" o Polinesia sea el mayor interrogante antropológico. Bajo el supuesto de que sus antepasados desembarcaron de una misma arca, es dable aceptar que provinieron de la lejana Asia y completaron sus azarosas travesías hasta nuestra isla de Pascua en el nada despreciable lapso de mil años, a contar del siglo V de la Era Cristiana.

Lo relevante, desde la perspectiva sociológica, es que la forma de vida primitiva se regía por principios radicalmente distintos a las convenciones sociales de los albores de la modernidad. Los nativos australianos, melanesios y malayos-polinesios desconocían el concepto del "homo aeconomicus" y la supuesta propensión natural a trocar, permutar o cambiar una cosa por otra: tampoco tenían una sicología comunista de la propiedad. Las pautas de relación socioeconómica se hallaban centradas en dos principios de conducta que no están asociados primariamente a la economía: la reciprocidad y la redistribución.

En la Melanesia occidental la reciprocidad funciona respecto de todos aquellos que se encuentran bajo un jefe en una organización de carácter territorial. El varón que sostiene a su hermana y a las hijas de ésta se ve recompensado por el principio de reciprocidad en beneficio de su propia familia. También, como la actividad comunitaria se concentra en fiestas y danzas; los isleños se invitan unos a otros al intercambio de objetos, almacenados previamente por el jefe de la aldea en un depósito, permitiendo que todos compartan las ventajas de la división del trabajo.

Este modo de vida, en la que prevalece la dádiva como medio de intercambio, inevitablemente tendría que chocar con las actitudes utilitarias del individualismo anglosajón. En otro orden, las formas elementales de la religiosidad primitiva, basadas en la creencia en los espíritus que transfiguran la experiencia del hombre y en el temor a la omnipotencia de las fuerzas naturales, se traducían en la veneración a objetos que conceden a sus portadores las cualidades sagradas que la superstición les atribuía. Esta religión mítica y politeísta igualmente habría de enfrentarse al único y misericordioso Dios del catolicismo traído por los eurolatinos.

Para Thor Heyerdahl el problema del hombre primitivo en el Pacífico es la búsqueda de las hipotéticas rutas de navegación que hubieran podido franquear o cruzar un espacio de cuatro mil millas de ancho —desde el territorio de Japón hasta la Micronesia y la Papuasía-Polinesia— superando las diferencias raciales y las influencias culturales, a fin de permitir que los polinesios poblasen en siglos recientes hasta las islas más próximas a la lejana América, sin perder las características de su etnia original.

Erróneamente, el viaje en la *Kon Tiki* —desde Perú en 1947— su libro y la película hicieron que los eruditos y los legos lo acusaran de ignorar Asia, por un intento en demostrar

que Sudamérica había sido la única que había contribuido al poblamiento de la Polinesia. Por su parte, algunos lingüistas sostienen que habría un posible lenguaje común a malayos y polinesios en algún lugar de Asia, mientras que otros aseguran que la lengua polinesia se habría desarrollado en la propia Oceanía. Modernos estudios sobre los grupos sanguíneos separan a los polinesios de todos sus vecinos occidentales, a la vez que se sigue constatando la vigencia de los tipos sanguíneos de los indios americanos.

La antropología tendrá que dar respuesta al interrogante respecto del sentido de la Inmigración que habría llevado la semilla cultural originaria de los polinesios ya sea hacia el este, por la vía de los puentes de la Micronesia o Melanesia, o desde el oeste, si estos proviniesen desde la lejana América. En apoyo de esta última hipótesis también puede argüirse como evidencia el idéntico procedimiento para la fabricación de la chicha "Kava" en Polinesia y la chicha "Cawau" en la costa de Chile.

Desde el punto de vista de la sociología marítima la oleada del patrón sociocultural primitivo —que posiblemente provendría de Asia— se caracteriza por el uso de la piragua de balancín sencillo, arte náutico complicado y hasta refinado entre esos navegantes oceánicos que no guarda relación con las embarcaciones extremadamente rudimentarias usadas por los aborígenes de las costas americanas. Desde el prisma calvinista de Van Loon, mientras los polinesios vivieron entregados a su suerte parecen haber sido uno de los pocos pueblos que comprendieron el significado de la expresión "la alegría de vivir". Eran expertos tejedores de telas, hábiles grabadores en piedra y en madera; originalísimos decoradores de sus casas, de sus barcos y de sus artículos de uso cotidiano, hasta que se les enseñó que para el nuevo Dios no era grato el desperdicio de su precioso tiempo en cosas profanas, tan alejadas de la moral victoriana y la ética productiva del capitalismo.

Dicho autor critica tanta libertad de acción otorgada a los misioneros cristianos, pero no deja de reconocer el mérito de hombres y mujeres que con su propio ejemplo les demostraron que se puede ser a la vez un buen cristiano, sin perjuicio de incorporar a la vida cotidiana del nativo las técnicas médicas y los métodos agrícolas que aseguran la supervivencia y el sustento.

En estas reflexiones se retrata el cambio deliberado introducido en las creencias, ideas y costumbres originarias por el patrón evangelizador del catolicismo y el patrón mercantil del protestantismo. El quid del problema sociocultural es lograr penetrar al interior del epifenómeno de los comportamientos primitivos, hurgar en la memoria histórica de sus atavismos e investigar de qué manera pudo encarnarse la espiritualidad del dogma y cómo la autoridad de la fe le otorga sentido a la razón para hacer del mundo autóctono una realidad mejor, sin romper las convenciones que les habían conferido, a una miríada de islas, un mismo sentido de pertenencia.

### **El patrón sociocultural evangelizador**

El segundo descubrimiento del océano Pacífico, por Hernando de Magallanes en 1520, marca el inicio de las navegaciones europeas que España terminará por regularizar con la ruta de los galeones entre Acapulco y Manila, mientras que los ingleses, durante mucho tiempo, no pensaron en otra cosa que en saquear los establecimientos del Pacífico.

Cristóbal Colón; Almirante de la Mar Océano, había registrado en su diario, abierto en el "Nombre de Nuestro Señor Jesucristo", haber sido enviado "a las dichas partidas de las Indias para ver a los dichos príncipes, y los pueblos y las tierras, y la disposición d'ellas y de todo, y la manera que se pudiere tener para la conversión d'ellas a nuestra sancta fe."

Este testimonio del sentido de misión evangelizadora de la corona española deja una estela para quienes habrían de seguirle en la búsqueda de las tierras del Gran Khan. Cuando Sebastián de Elcano regresa a Sevilla, después de completar la vuelta al mundo, él y sus 33 hombres de un total de 571 que habían zarpado con Magallanes 3 años antes— "saltan a tierra con sendos cirios y descalzos a ofrecer sus oraciones y su gratitud a nuestra señora de la Victoria, que estaba en su Iglesia, y a Santa María de la Antigua que estaba en la mayor." Así lo habían prometido en sus horas de angustia y ahora cumplían sus votos.

Toda la presencia española en las Indias Occidentales y Orientales, en uno y otro extremo del Pacífico, reitera la fidelidad al sentido católico de la evangelización, desmintiendo la leyenda negra, tantas veces repetida para desacreditar la propagación universal de esta fe y sus valores trascendentes. Así, Pedro Fernández de Quiroz, cuando descubre las Nuevas Hébridas o nueva tierra del Espíritu Santo, bajo el patronato de Clemente VIII, exclama al escuchar los tambores de un rito tribal: "Alabada sea la Santa Virgen del Carmen, indios de pelea tenemos y habrá que aprestar los arcabuces y poner pólvora seca en los zurrones." La Cruz y la Espada son las constantes de ese patrón evangelizador, que posibilitó expandir la civilización cristiana y la hispanidad a todo lo ancho del Pacífico.

El compromiso asumido por los Reyes Católicos una vez expulsados los moros de la Península fue llevar hacia todo el círculo del horizonte la doctrina de Cristo y la buena nueva de la salvación de las almas. España ejercía entonces el imperio de un patrón sociocultural que se extendía desde Acapulco hasta Chiloé. En toda la ribera civilizada del Pacífico impone la lengua de Castilla y una moral pública que habrá de otorgarles a quienes la fueron interiorizando un estilo de vida que perdura hasta nuestros días en el sustrato de nuestra nacionalidad.

Una mirada a la costa de este océano nos mostrará que, amén de los nombres castizos de las Marianas y Carolinas, el anclaje cultural se afirmó en las Filipinas por la persistencia de la hegemonía hispana entre los siglos XVI y XVIII. Esta dominación no habría de ser disputada hasta que la tecnología de los cronómetros de precisión y los avances de la cosmografía posibilitaron a los ingleses, franceses y holandeses aventurarse en una alta mar desconocida, para descubrir nuevos territorios que le dieron a la gente de la época la real dimensión del Pacífico.

La derrota de la Gran Armada habría de colocar la piedra angular de un nuevo imperio en Oceanía, mediante las naves que harían ondear el pabellón británico por más de trescientos años en las más altas latitudes. El comienzo del eclipse del dominio de España en el Pacífico no habría de traer consigo la pérdida de los significados del patrón sociocultural que había hecho del catolicismo una realidad en todo el sentido de la palabra y que sobre las cubiertas de los galeones íberos se había transportado el mensaje de los tenaces jesuitas hasta el lejano Japón y la más remota China.

La hispanidad de la que somos portadores hasta esta fecha, ya tan próxima al quinto centenario del descubrimiento de América, se ancló firmemente en las idiosincrasias de pueblos muy distintos, a tal punto que esa religiosidad se manifiesta en expresiones culturales tan diversas de la Semana Santa, como la quema de Judas en Sevilla, el correr a Cuasimodo en Maipú y las flagelaciones de los devotos en Manila.

Con el inicio de la dominación francesa y la consecuente independencia de las repúblicas sudamericanas, los estandartes españoles dejaron de flamear majestuosamente, como lo hicieron en las naves de Magallanes, pero el sentido de la legislación del Consejo de Indias y el legado espiritual del Quijote seguirán presentes por muchos siglos en la juridicidad y letras hispanoamericanas. Al igual que los españoles, la vertiente gala de la

civilización cristiana habría de asentarse en la Polinesia, haciéndola francesa y señalando un similar eje sociocultural que desde nuestra extensa costa se proyecta hasta las tierras que aluden al nombre del "Real Felipe".

### **El patrón sociocultural mercantil**

En 1805, Trafalgar vendría a marcar el término del predominio alcanzado por Francia con las victorias de Napoleón, consolidando con ella una "Pax Británica" en todos los mares del mundo, la que no sería disputada seriamente durante más de una centuria. El éxito de Nelson en aquella batalla naval se debe a la novedosa táctica concebida por la mente del hijo de un pueblo que poseía la mentalidad marítima propia de su insularidad. El triunfo se debió a su capacidad de imaginar una forma de combatir diferente al tradicional encuentro terrestre de líneas de batalla, cuya rigidez está condicionada por los accidentes geográficos de la tierra, mientras que el combate naval se caracteriza por desarrollarse sobre una superficie sin límites y se halla sujeto a la dinámica de las siempre cambiantes características de un medio que precisa de gran flexibilidad para maniobrar.

Sobre la base de esta supremacía naval definitiva se explica la concepción mercantil de la "libertad de los mares," que facilitará la proyección de su marina hacia el Pacífico, y el pragmatismo del interés comercial que unía a las colonias de ultramar en el espíritu comunitario de la Commonwealth.

Los europeos que recorrieron el Pacífico, hasta los dos primeros tercios del siglo XIX ejercieron sin ningún escrúpulo la piratería o el comercio de esclavos. Para limitar y a veces combatir la acción de esa gente llegaron misioneros protestantes precedentes de Inglaterra y católicos de Francia que intentaron salvar a los pueblos indígenas de la acción despiadada de los traficantes que los diezmaban.

Inglaterra es uno de los casos típicos de las tres rutas escogidas para transitar de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. A diferencia de la ruta corporativa, que nace de las clases altas en la unificación de la Gran Alemania o de la reacción nipona contra Estados Unidos y de la ruta revolucionaria de los campesinos que tendrá lugar en Rusia y China, el caso inglés evidencia en su génesis una transformación de la sociedad, que es encabezada por la clase media.

Los antecedentes para ello se encuentran en la Carta Magna, la cual sella un pacto de respeto del Rey a sus súbditos y el establecimiento de una monarquía limitada por la constitución. Inglaterra llega a ser la primera nación moderna, cuando en 1640 la revolución puritana instauro la autoridad del parlamento y la hace emerger de entre las naciones europeas por su ventaja tecnológica, como consecuencia de la invención de la máquina de vapor.

La expansión del comercio exterior y la colonización de ultramar se deben a una empresa en la cual el Estado aporta el poder naval y los particulares los costos de ejercer las patentes de corso que el primero les confiere. Esta fórmula pragmática es fácil de entender cuando se reflexiona en que el pensamiento inglés se nutre del escepticismo de Hume y del individualismo de Spencer.

El incremento del comercio marítimo había afectado la dinámica feudal, dando finalmente a luz al tipo social del mercader y al mercado como la institución básica de la producción manufacturera textil y a cambios en los hábitos de consumo en un país insular dependiente de las exportaciones.

La revolución industrial que vive Inglaterra se expandirá más tarde a la fabricación de los ferrocarriles y los buques de vapor. Con esos adelantos se irá dispersando en el mundo la semilla de la mentalidad británica, que mantiene hasta ahora sus brotes en Hong Kong, Vancouver y Sydney, estableciéndose así un patrón cultural cuya religión anglicana tiende un puente con el calvinismo de los holandeses, consolidando sobre la faz de la Tierra una moral pública que se deriva de la ética protestante, que arribará hasta las costas descubiertas por Tasman y Cook y que hendirá sus raíces en las colonias de Nueva Inglaterra.

La expansión del capitalismo —como sistema de vida regulado por las leyes del mercado— encuentra su explicación sociológica al considerarse el hecho de que en la fe bíblica del Antiguo Testamento, al no haber un intermediario entre el hombre y Dios, la salvación se confirma por el éxito económico gracias a una vida dedicada al trabajo y controlada por el ascetismo, requisitos —ambos— fundamentales para la producción y la acumulación capitalistas

El imperio británico fue el portador del pensamiento de Smith y Ricardo hasta las lejanas posesiones de Australia y Nueva Zelanda ejerciendo su influencia desde estas últimas, principalmente en la Melanesia, mientras que Francia hacía lo propio, desde Tahití, sobre la Polinesia. La dualidad mercantil-protestante de los súbditos de la Gran Bretaña se hace patente en una diferenciación de tipos sociales que aún persiste en él decir popular cuando se diferencia los matices de Sydney y Auckland, al afirmar que en la primera ciudad hay un bar en cada esquina mientras que en la segunda hay una iglesia en cada esquina

### **El patrón sociocultural Imperial**

El período de la Restauración Meiji, que va desde 1863 hasta 1913, señala la acelerada apertura y expansión del imperio japonés ante la amenaza externa de Estados Unidos, materializada por la presencia del comodoro Perry y su moderna flota de buques. Deliberadamente aislado de occidente, Cipango mantenía su organización piramidal de guerreros (*samurais*), señores feudales (*daimyos*), comerciantes (*shonines*) y monjes, por sobre un campesinado cuyo 40% de producción eran la seda y el arroz. El milenarismo orgullo nipón se vio humillado por la imposición de abrir sus puertos a un comercio exterior capitaneado por esa nueva potencia americana que se hacía presente en el Pacífico.

Una vez que el Emperador asume el control de Japón se desarrolla el proyecto de Restauración Meiji para preservar la soberanía nacional, constituir un Estado fuerte, moderno y centralizado, a la vez que para crear una moderna industria nacional con un mínimo de inversión extranjera. Este acelerado cambio estructural es posible en virtud de la poderosa alianza entre los señores feudales, los comerciantes y el Gobierno central, lo que dará lugar al surgimiento del conglomerado de empresas orientadas al exterior (*Saiwatzu*), que coexiste con la producción agrícola.

Japón marca la ruta de transición a la sociedad moderna impulsada por las clases altas, ya que optimiza la capacidad de utilizar su economía feudal mediante una alianza entre el Gobierno aristocrático y los sectores capitalistas articulado a las clases medias y bajas en aras del interés general.

Los feudos fueron transformados en prefecturas, modernizando el país en el breve lapso de diez años merced a la transferencia de los excedentes de la agricultura a la naciente industria y a la unión de los pequeños y grandes productores en la exportación de los cultivos tradicionales.

Este modelo corporativo de desarrollo dará lugar a la expansión militar, al estallido de las guerras con China (1894) y con Rusia (1904-1905) y la posterior anexión de Manchuria. Ello les llevará, 40 años más tarde, a enfrentarse a Estados Unidos cuando la hegemonía japonesa se desborda a través del puente de la Micronesia, estableciendo su mandato en las islas Marianas y Carolinas. Asimismo, a través del puente de la Melanesia, desde Filipinas hasta las Salomón, para agredir finalmente a la potencia americana en la polinesia isla de Hawái.

Las crónicas de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico nos indican que su rival obtendrá la victoria desmantelando, isla tras isla, el patrón sociocultural de Japón y algunas posesiones alemanas. No obstante, también 40 años más tarde, miles de productos del *Saiwatzu* inundan como un nuevo desafío todas las formas de vida estadounidenses y del mundo, poniendo en jaque la "Pax Americana" de posguerra.

### **El patrón sociocultural liberal**

La democracia liberal representativa es el modelo de régimen político que nace bajo el supuesto de un pueblo abstracto, en el que el fundamento del poder sería una realidad jurídica de individuos libres e iguales. Esta es la democracia típica del liberalismo, en la cual la libertad es proyectada al máximo, con relativa independencia de los poderes del Estado. Su origen se halla incorporado al *town meeting* de los colonos de Nueva Inglaterra, en la cual siempre está el derecho a participar aunque no se ejerza. Ello es lo que hace escribir a Tocqueville que "sin instituciones comunales una nación puede darse un gobierno libre, pero no tiene el espíritu de la libertad."

La democracia en América es congruente con el individualismo del protestante y la economía de libre mercado, por lo que la identidad existente entre la religión, la política y la economía facilita que esa nación se expanda al oeste y al sur de un extenso y rico territorio. Sin embargo, lo que convirtió a Estados Unidos en la mayor potencia capitalista fue el desarrollo de una estrategia marítima en la que, según Mahan, el poder naval contribuye a la realización nacional como elemento de la política exterior, dado que su misión primaria es mantener libres las líneas de comunicaciones marítimas, que son las arterias por las cuales circula el impulso vital del comercio.

De allí entonces la trascendencia de la misión del comodoro Perry a Japón a fines del siglo XIX, la apertura del canal de Panamá, su ingreso a la Segunda Guerra Mundial y su posterior presencia en todos los mares del planeta para la defensa del Mundo Libre. La hegemonía estadounidense se afirmará en Hawái y proyectará el modelo socioeconómico liberal de desarrollo que se ha impuesto a Japón, Taiwán, Corea del Sur y Singapur en la posguerra, así como a los ribereños de Sudamérica con la Alianza para el Progreso en la década de los años sesenta.

El valor de la libertad es el eje de la sociedad que se proclama entonces en todo el mundo, por una superpotencia cuyas conquistas más preciadas son su perspectiva de la política controlada por las mayorías y su visión de la economía alimentada por la competencia en la oferta y la estimulación del consumo.

Como lo advierte Toynbee, la doctrina Monroe había salvado a los Estados sucesores de los imperios español y portugués de América de caer bajo el dominio de alguna potencia europea, pero al precio de reemplazar esa administración colonial por una hegemonía del patrón sociocultural liberal.

El *american way of life*, intensivamente difundido por el cine y más tarde por la televisión, no sólo nos ha llevado a identificar el triunfo estadounidense en las campañas del Pacífico con la salvación de Occidente, sino que ha llenado de objetos culturales nuestra vida cotidiana en toda la extensión del océano, al punto que difícilmente el chicle, los *blue jeans* y la Coca-Cola podrían ser ignorados en cualquiera de sus islas, por remota o pequeña que sea.

Todo el beneficio del progreso que la inventiva y tenacidad de los estadounidenses han aportado a la Humanidad no pueden dejar de advertirnos que cuando la felicidad sólo se concibe en las cosas del cuerpo y las de fuera del cuerpo —según decía Aristóteles— el materialismo ahoga y esclaviza al hombre, que se siente internamente vacío e insatisfecho y anhela con nostalgia una vida más humana y serena en vez del torbellino de un desarrollo que simplemente "cosifique" la realidad.

El gran país de Norteamérica, primera potencia no discutida hasta la década de los años sesenta, comienza a mostrar los efectos de su compleja mezcla de religiones, nacionalidades y razas. Es así como con la misma rapidez y cobertura con que los medios de comunicación difunden las condiciones ideales de la posmodernidad en los bienes típicos del estadounidense medio, los conflictos sociales al interior de sus fronteras empiezan a ser percibidos por la opinión pública mundial, mostrando los crudos testimonios de las luchas de las minorías étnicas, de la liberación femenina, de la juventud *hippie* y de la corrupción política.

Estas y otras señales indican que el modelo de la sociedad de consumo tiene profundas fisuras, que a su propio pueblo le llevarán a objetar en su conciencia la defensa del Mundo Libre y la participación de su ejército en Vietnam.

A lo largo de la costa de Iberoamérica se comienza a generar el rechazo a la dependencia, denunciada por los ideólogos de izquierda, premisa que facilita la caída de Cuba y la posterior acogida del mensaje revolucionario del Che Guevara hasta el mismo Cono Sur. Se evidencia con ello que no sólo se había frustrado el esfuerzo bélico en Indochina, sino que hoy se cuestiona toda intervención de la política exterior estadounidense, la que ya perdió su influencia en Nicaragua, está en peligro de perderla en Filipinas y otros archipiélagos del Pacífico, los cuales no sólo rechazan el patrón cultural de la democracia liberal representativa, sino que también la receta del libre mercado como palanca del desarrollo. Está por verse si la administración de Reagan logró efectivamente revitalizar el orgullo estadounidense y las propuestas neoliberales en el mundo.

### **El patrón sociocultural socialista**

La revolución comunista de 1917 consolidó en beneficio de Rusia las anexiones territoriales derivadas de la gran guerra; sin embargo, este dominio ampliado no podía ser universal mientras la Unión Soviética no se transformara en una potencia marítima, lo que no ocurre hasta que la doctrina Gorshkov logra poner en jaque el dominio estadounidense, tras medio siglo de desarrollo de su poder naval.

No debe perderse de vista que detrás de la presencia de las flotas militares y pesqueras de los países del bloque socialista está la finalidad de imponer la dialéctica materialista de la revolución proletaria, especialmente en los países subdesarrollados, mediante la explotación de las condiciones de dependencia de estos últimos por el aumento de la brecha tecnológica y el creciente diferencial negativo de los términos de intercambio entre los hemisferios, norte y sur.

Así, en la Cuenca del Pacífico se cruzan las coordenadas del conflicto secular entre la sociedad que maximiza el principio de la igualdad contra la que exalta el principio de la libertad. La estrategia soviética de dominación mundial repite invariablemente el dogma marxista revolucionario experimentado con éxito en Cuba y Nicaragua, las vías de los Gobiernos populistas en el Cono Sur de América y los convenios de ayuda económica a pequeñas naciones isleñas para su descolonización, lo que conduce al establecimiento de zonas de paz desnuclearizadas que restringen cada día más la libertad de maniobra militar, diplomática y económica de la primera potencia occidental.

La oleada cultural que avanza sobre el Pacífico desde las costas hoy marxistas de Indochina, hace patente la amenaza de subversión que pende sobre los valores tradicionales de la civilización occidental deshumanizada por efectos de un "estado de bienestar" que a Solzhenitsyn le hacen mirar con escepticismo la posibilidad de frenar la avalancha del patrón sociocultural socialista, el cual, bajo otras formas de materialismo, logra éxito tras éxito colocando hoces y martillos en todos los mapas de la Tierra.

La sociedad que se postula como ideal de vida en este patrón es la misma que Platón describiera en su *República* y que Marx diseminara en el siglo XIX con su proyecto político del *Manifiesto Comunista* y su propuesta económica de *El Capital*. La sociedad igualitaria, para los que no son del partido, fue concebida para enfrentar el capitalismo temprano del patrón sociocultural mercantil, pero en la posguerra y en el océano Pacífico su antagonismo es contra la sociedad del patrón liberal.

Variadas han sido las formas que ha adoptado el proyecto de la subversión en el mundo en los últimos 72 años del comunismo internacional; así, podemos apreciar que para influir deliberadamente en el cambio de las estructuras sociales de los países subdesarrollados, la guerrilla rural y urbana usan las armas más viles de la violencia extremista, con el pretexto de solucionar la pobreza por el reparto de la riqueza, que sus antisociales expropiarán a las oligarquías que supuestamente reprimen al pueblo usando el aparato militar del Estado. Esa propuesta, aunque burda, sigue vigente y la vemos manifestarse en quienes creen firmemente en la dictadura del proletariado como solución de todos los problemas sociales en varios rincones del Pacífico.

Pero esa estrategia que resultó exitosa en la meta de alcanzar el poder —con diferentes matices en las sociedades rusa y china y que aun se pretende para toda Latinoamérica— no sirve para penetrar las sociedades en las que el bienestar económico hace de la propiedad un valor irrenunciable. Georg Luckacs, miembro del partido comunista húngaro, sentó las bases para la conquista de la Europa anglosajona, como lo haría Gramsci para las naciones eurolatinas. Su planteamiento fue que los proletarios no tienen conciencia de ser una clase explotada, por lo que en los países desarrollados la revolución estaba en las mentes de los intelectuales. El germen de esa orden doctrinaria llegaría a las costas americanas y desde California hará crecer el movimiento de la *New-Left*, Nueva Izquierda o neomarxismo destinado a minar la espiritualidad, hecho derivado del utilitarismo y la permisividad predicadas al mundo por ella misma.

El patrón sociocultural de la sociedad igualitaria ha echado sus redes también a todo lo ancho del Pacífico y la bandera de la Unión Soviética flamea no sólo en los mástiles de modernas flotas de guerra sino de cientos de pesqueros y transportes, cuya presencia frente a las costas de América, en la Melanesia y en la Micronesia, irradia simultáneamente en todas las frecuencias la consigna de la lucha por una sociedad igualitaria, especialmente hacia aquellas a quienes no les alcanzan los beneficios de la sociedad libre.

También está por verse si la reestructuración social de Gorbachev no es sino una oportuna adaptación económica que hoy privilegia la propuesta neomarxista de la intelectualidad por sobre la marxista ortodoxa del uso de la fuerza, que coexiste con la anterior nada más que para asegurar la vigencia de ese patrón sociocultural incorporado al vértigo de un progreso que ha desbordado su cortina de hierro.

Ante ello sólo resta preguntarse ¿cuándo caerá la muralla china y qué ocurrirá cuando un quinto de la población mundial acometa la aventura de navegar?

## **Epílogo**

La historia nos enseña que el mar, como principal medio de comunicación entre los pueblos, ha jugado siempre un papel protagónico. En la sociedad tradicional el Mediterráneo fue el vínculo entre las culturas griega, romana y del lejano Egipto; en la sociedad moderna el Atlántico y el Índico sirvieron de puente entre Europa y las colonias de África, América e India. Ahora es el Pacífico el escenario donde se dirime el destino de la civilización cristiana occidental. Nuestro país, con su extenso muelle en el cuadrante sureste de ese océano y sus posesiones en la Antártica e isla de Pascua, se halla en una posición geopolítica privilegiada para enfrentar el desafío de su desarrollo futuro.

El legado de una nación pujante, de una economía floreciente y de los marinos que llevaron la moneda chilena hasta Australia y California, nos motiva a la reflexión acerca de nuestra identidad histórica cultural de nación católica, evangelizada por España, y que acrecentó su progreso con la influencia mercantil de la colonia inglesa residente en Valparaíso. En el presente siglo hemos experimentado las virtudes y defectos de la democracia liberal representativa y también el yugo del modelo de una sociedad supuestamente igualitaria.

Hoy día hemos recreado la empresa nacionalista de espíritu portaliano; consecuentemente, hemos tenido que sobrellevar la animadversión de las democracias liberales de occidente, así como el embate sistemático del comunismo internacional, mediante las alevosas acciones del extremismo y la masiva presencia de flotas socialistas al borde de nuestra zona económica exclusiva.

Los pueblos progresan sobre la base de realidades concretas y no en pos de utopías que idealizan la participación política, como ha ocurrido con el populismo que ha estancado el desarrollo de países hermanos. La ruta más segura de las modernizaciones alcanzadas se avizora merced a la continuidad de la renovada institucionalidad política y su estrategia económica nacionalista, realista y pragmática. Para garantizar nuestro potencial exportador de materias primas y subsecuente industrialización deberemos diversificar los puertos de destino de nuestros productos y conocer los patrones socioculturales que puedan facilitar o dificultar nuestro afán de penetrar los mercados internacionales y superar las barreras monopólicas de los centros del poder económico mundial.

Inesperadamente, ha sido nuestra relación con el patrón sociocultural del *Saiwatzu* y los "cuatro tigres" que le siguen la que ha provisto el mayor intercambio tecnológico, mientras que el patrón mercantil del neoconservantismo británico nos ha aportado los medios para el desarrollo de nuestro poder naval frente a intereses geopolíticos comunes.

Tampoco puede dejar de considerarse que el patrón primitivo de isla de Pascua nos ofrece un nexo de homogeneidad sociocultural con las posesiones francesas de la Polinesia, con las cuales el intercambio turístico crece día a día.

Estas son algunas consideraciones sociológicas que, a la luz de los planteamientos anteriores, sugieren las perspectivas más convenientes para nuestra presencia y proyección en este mar-océano, principal ruta de una empresa colectiva que nos permita liderar el progreso de Hispanoamérica en el escenario sociocultural de mayor vastedad, complejidad e importancia para el futuro de la Humanidad.

## BIBLIOGRAFIA

- Moore Barrington: *Social origins of dictatorship and democracy*, Beacon Press, Boston, 1966.
- Chevallier, Jean J.: *Los grandes textos políticos*, Aguilar S.A., Biblioteca de Ciencias Sociales, Sección Política, Madrid, 1981, séptima edición.
- Durkheim, Emile: *Las formas elementales de la vida religiosa*, S.I., 1960.
- Framis, R. Majó: *Vida de los navegantes, conquistadores y colonizadores españoles de los siglos xvi, xvii y xviii*, Colección Crisol, Aguilar S.A., Madrid, 1957.
- Fuller, J.F.C.: *Batallas decisivas del Mundo Occidental*, Luis de Caralt, Barcelona, 1963.
- Heyerdahl, Thor: *El hombre primitivo y el océano*, Editorial Juventud S.A., Barcelona, 1933.
- Morison, Samuel E.: *El Almirante de la Mar-Océano*, Librería Hachette, Buenos Aires, 1945.
- Polangy, Karl: *The great transformation*, S.L., 1966
- Toynbee, Arnold: *Estudio de la historia*, Emecé Editores S.A., 1959, Buenos Aires, 1959.
- Van Loon, Hendrik: *Historia del Pacífico*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1948.
- Weber, Max: *Sobre la Teoría de las Ciencias Sociales*, Ediciones Panínsula, Barcelona, 1974.